

La plenitud de los tiempos llega, en Jesús, por María

Santa María, Madre de Dios
31 de diciembre de 1978

Números 6, 22-27
Gálatas 4, 4-7
Lucas 2, 16-21

A todos, queridos hermanos y estimados radioyentes, muy feliz año nuevo.

La mejor felicitación que la Iglesia tiene se ha escuchado en la primera lectura, nada menos que inspirada por el mismo Dios: “Así invocarás mi nombre sobre mi pueblo: ‘El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor; el Señor se fije en ti y te conceda la paz’”. Es el saludo de Dios a la humanidad, a los que quieran aceptar su palabra.

Nm 6, 24-27

Al fin del año es bueno detener la marcha y, en una reflexión sincera, mirar, a lo largo del año que termina, cuánto nos ha hablado Dios. Ha sido el Padre preocupado de bendecir, de conducir, de dar paz a sus hijos. Y surge del corazón un sentimiento de gratitud: “Gracias, Padre, porque de veras tú has sido nuestro Padre, tú has sido la fuente de la paz, de ti no procede el malestar, tú solo tienes palabras de vida eterna”.

Dios, fuente de todo bien

Se dirige, pues, iluminados por esta primera palabra, el primer pensamiento hacia Dios, fuente de todo bien; y a Él le enco-

mendamos, también, el misterio de ese año que comienza dentro de pocas horas. ¿Qué nos traerá? No lo sabemos. Pero sí sabemos que una mano bondadosa va guiando la nave, es la mano de nuestro Padre; y, como hijos que nos sentimos arropados por su amor, por su omnipotencia, por su cariño, por su sabiduría, decimos que el año que viene será también bueno de parte de Dios. De Dios no podemos esperar nada malo. Todo lo que Él tiene para nosotros está en esta fórmula que hace nuestra al principio del año: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro”.

Nm 6, 24-25

Nm 6, 27

Y cuando dice la Biblia: “Así invocarán mi nombre sobre los israelitas”, no se trata de una simple invocación. Las palabras en la Biblia tienen un sentido más pleno que el que dice nuestro lenguaje. Invocar el nombre de Dios sobre un pueblo significa actualizar su alianza, significa vivir de nuevo el compromiso que Dios ha dicho: “Yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo”. Es como si un nuevo bautismo... En el bautismo —donde se nos dio la filiación divina y donde nos fuimos haciendo pueblo de Dios— fue donde Dios rubricó con nosotros una alianza, pues cada vez que se invoca el nombre del Señor sobre este pueblo de la alianza, esa alianza se realiza de nuevo. Esta misma noche, a esta misma hora, aquí, en la catedral, celebrando la eucaristía, estamos invocando sobre el pueblo el nombre de Dios y el pueblo está ratificando su alianza. Venir a misa no es simplemente un acto de piedad; es venir a ratificar, a firmar de nuevo, a hacer presente, a hacer actual, para este último día de diciembre de 1978, la firmeza de mi voluntad que le quiere pertenecer a Dios y, de parte de Dios, también, rubricar su propósito divino: “Yo seré vuestro Dios”. Confiemos, hermanos.

Lv 26, 12

Y si al mirar hacia atrás en el año, miramos a un Dios talvez ofendido por tantas negligencias, por tantos, quizá, hasta pecados que yo he cometido o que yo, solidario de mi pueblo, siento que el pueblo ha cometido contra Él, al implorar su protección y su bendición, yo siento que viene el perdón: “Tú eres un Dios de bondad y tu alianza, precisamente, es de quitar los pecados y darnos tu gracia”.

Cristo, plenitud de los tiempos

Por eso, un segundo pensamiento. En la segunda lectura, fijémonos mucho en esta expresión: “Cuando se cumplió el tiem-

Gal 4, 4

po”. Cada año que muere y cada año que comienza es el tiempo que avanza. Este es el concepto nuestro. Pero, desde la perspectiva de la Biblia, el tiempo Dios lo hace de acuerdo con su voluntad para con nosotros. Por eso, habla del tiempo de la visita-
ción de Dios, del tiempo de la ira de Dios, del tiempo de sus bendiciones. Y, hablando de los hombres, la Biblia dice: “Tiempo para llorar, tiempo para reír”. Y hablando de la naturaleza, habla “a la hora de la brisa”, “a la hora en que alumbra el sol o hay tinieblas en la noche”. Como que toda la naturaleza y todo lo que Dios ha hecho, lo ha hecho con ese concepto bíblico de tiempo, para realizar con los hombres un diálogo, una obra, que podíamos llamar la historia de la salvación. Para eso creó el mundo, comenzando entonces el tiempo. Y, entonces, comenzaron a correr los años y, en ese principio de la creación, hay un proyecto de Dios que se concluirá en el día de Yahvé, al final de los tiempos y que Jesucristo anunciaba: la venida, el retorno del Señor, la *parusía*, el nuevo aparecimiento de Jesús, redentor de los hombres.

Qo 3, 4

Gn 1, 14-17

Entre ese principio de los tiempos y ese final de los tiempos, corre la historia. Y hay un momento en esa historia que en la mente de Dios se llama “la plenitud de los tiempos” o, como lo dice hoy San Pablo: “Cuando se cumplió el tiempo”. Según este concepto, Dios comenzó a crear la historia, la naturaleza, los hombres, y comenzó a correr el tiempo hacia una plenitud. ¿Qué es la plenitud de los tiempos? En el proyecto de Dios, la plenitud de los tiempos es su venida a salvar a los hombres, es su encarnación, la encarnación de Cristo: “El Hijo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros”.

Gal 4, 4

Jn 1, 14

Y es en ese momento, en que la historia llega a su plenitud, en que los años han corrido cargados de esperanza, de ansia, deseos del que ha de venir, porque así lo iban anunciando los profetas, las largas esperas de los siglos viejos, allí encontramos la figura virginal de María. Por eso, al principio del año, el primero de enero, se celebra —lo estamos celebrando en esta misa— la fiesta de la maternidad de María, o sea, de Santa María, Madre de Dios. ¡Dichosa mujer que se encuentra en ese momento preciso de la historia! Dios la hizo santa, inmaculada, como un nuevo paraíso, como una fuente nueva de la humanidad, de la cual pudiera tomar carne humana su Hijo para ya traer lo que estaba prometido durante largos siglos de esperanza; de María nace

Gal 4, 4 Jesús. Dice el apóstol San Pablo en esta noche: “Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer”. Nunca el nombre de la mujer tuvo un sentido tan sublime como cuando, en la noche de Navidad, una mujer da a luz un Hijo que es, al mismo tiempo, el Dios hecho hombre. Es la noche de la plenitud de los tiempos. La plenitud de los tiempos llega, en Jesús, por María.

Gal 4, 6-7 Entonces, en Cristo, viene el cumplimiento de todas las promesas de Dios, y así lo describe San Pablo esta noche: “Envió Dios, en Cristo, a vuestros corazones al Espíritu del Hijo que clama: *¡Abba!*, Padre. Así que ya no sois esclavos, sois hijos; y si hijos, también herederos por voluntad de Dios”. En esto consiste la plenitud de los tiempos: en que el hombre ha alcanzado una altura en su historia por medio de Cristo, que llena la plenitud de los tiempos, y los hombres se pueden hacer hijos de Dios, herederos del cielo. ¡Qué hermoso es caminar ahora por los tiempos, después que Cristo ha venido y dejó la historia en su plenitud! Nosotros ya caminamos como hijos, gritando desde el fondo de nuestra tierra: “¡Padre!, *¡Abba!*”. No somos simplemente creaturas; ya el tiempo para nosotros ya casi es eternidad. Pasan los años, pero quien los vive en la gracia de Dios vive la plenitud de los tiempos.

Por eso, hermanos, en este año nuevo y principio ya de 1979, una debe ser la gran alegría: no importa que pasen los años, lo que importa es que sean plenitud de la gracia de Dios. Dicen que San Francisco de Sales acostumbraba felicitar el año nuevo con estas palabras: “Feliz Año Nuevo, que lo pases en la gracia de Dios”. Yo creo que este es el saludo evangélico más hermoso: “Que lo pases en la plenitud de los tiempos, que pasen tus días cargados de la gracia del Señor, que no envejeczan tus años cargándote más de pecados, sino que borres el pecado”. En la plenitud de los tiempos, ya no debe haber pecado. En la plenitud de los tiempos, todo debe de ser el grito amoroso del hombre que, sin pecado, le grita al Padre: “Soy tu heredero, tengo tu vida en mi corazón, me has dado a tu Cristo, quiero ser su hermano”. El que no vive así los años que pasan, no vive en la hora de la plenitud de los tiempos. El que vive en pecado no se ha dado cuenta que ya llegó, hace veinte siglos, la plenitud de los tiempos. El que vive en pecado y no trata de ponerse en gracia de Dios y gozar la alegría de sentirse hijo de Dios y de que, si

muere, es heredero de ese cielo no sabe saborear la belleza de la vida. Yo deseo a todos, de veras, un Año Nuevo en el cual se sienta la hermosura de la plenitud de Cristo que ha venido nacido de María.

María, Madre de Dios

Y, por eso, terminemos con este tercer pensamiento: María. María es, en esta fiesta de la maternidad divina, el modelo del alma que, antes que concebir a Cristo en sus entrañas, lo concibe en su mente y en su corazón. Por eso, cuando una mujer de la muchedumbre, entusiasmada con Cristo, le dice: “Bienaventurada la que te llevó en su seno y te dio de mamar en sus pechos”, le dice Cristo: “Más bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra”. No era un desprecio a su madre, era una exaltación de María, era decirle: “Mi madre no es feliz por tener un seno de mujer y unos pechos de mujer; así hubiera sido madre mía cualquier mujer de la tierra. Lo grande de esta mujer es que escuchaba la palabra de Dios, que era santa. Y por eso, en sus entrañas y a sus pechos yo, hijo de Dios, me sentía tan a gusto, porque más que mamar una leche de mujer, sentía todo el calor de un amor de cristiana, toda la santidad de una criatura que ha comprendido la plenitud de los tiempos y vive solamente para Dios”.

Lc 11, 27-28

Por eso es grande la maternidad de María, porque supo escuchar la palabra de Dios y la ponía en práctica. Y en el mismo Evangelio de esta noche, encontramos la frase; cuando ya se fueron los pastorcitos, ¿qué quedó haciendo María? San Lucas capta esa fotografía íntima: “Y María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón”. Este era el oficio de María. Y si sintió algo ella, en la humildad de no poder corresponder con toda la grandeza que ella quisiera al designio salvador de Dios, era precisamente eso: “He aquí la esclava, la pequeñita, se fijó en la pequeñez mía; pero, a pesar de esta pequeñez, le haré todo el vacío de mi humildad para que lo llene la plenitud de Dios”. Esto es lo que Dios espera de nosotros y, por eso, también, si no con la perfección de María, al menos imitemos la humildad y la pobreza de los pastores: “Se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído, todo como se lo habían contado”.

Lc 2, 19

Lc 1, 38

Lc 2, 20

Gal 4, 4

O sea, queridos hermanos, el Año Nuevo comienza en un ambiente de Navidad, en un ambiente en que la sagrada escritura recuerda: “Cuando llegó la plenitud de los tiempos y Dios mandó a su Hijo, nacido de mujer”. En ese ambiente comienza el año, como para decirnos: el tiempo no es simplemente una medida de la vida; ese es un concepto filosófico, griego, cuantitativo. El tiempo, en sentido bíblico, es experiencia, es dádiva de Dios, es encuentro de Dios con la humanidad. Los días de 1979 no deben de servirnos únicamente para ir contando cuántos años¹ van de este año y cuántos faltan para el otro. Los días de 1979 deben de servirnos para saborear la plenitud que Cristo ha traído; y no importa que pasen tantos o cuantos días, lo que importa es vivirlos en la plenitud del amor del Señor.

Nm 6, 24-26

Por eso, queridos hermanos, a la luz de estas tres lecturas, yo les digo, por mandato del Señor, en mi ministerio sacerdotal que me manda invocar sobre el pueblo su nombre, a recordarle su alianza y el amor que Él nos tiene, al comienzo del año, en vez de decirles el profano “feliz Año Nuevo”, yo les digo las palabras bíblicas: “El Señor los bendiga y los proteja, ilumine su rostro sobre ustedes y les conceda su favor. El Señor se fije en ustedes y les conceda la paz”. Feliz Año Nuevo*.

¹ Léase: *días*.